

ODRADEK

Domicilio Desconocido

## Interrogaciones

La diferencia entre un zorro gris y un hijo de puta como ése, no es sólo el color del uniforme. A uno le falta cerebro, o lo tiene dormido, también las manos, parece, mientras flamea cada tanto los dedos todos juntos para que pasen los autos. No hace falta que le enseñe a nadie cómo tiene que estacionar, o que señale el camino, o por dónde sigue la calle. Se ve clarito. Pero él insiste, como si quisiera saludar, hacerse ver. Se agranda cuando saca el talonario de las multas y revisa los números, no sé, jugará buscando algún capicúa. Multas no hace muchas, la gente es bastante tranquila en estos barrios de afuera.

Me vine aquí a lo de mi vieja unos días, le mentí que era por las fiestas. No pensaba escaparme, ya te dije, no hice nada al final. Pero si me quedaba en el centro cada dos pasos me encontraba con un cana y se me paraban los pelos. Sin embargo hasta aquí me siguió uno. Tocó la puerta y tuve que salir.

Así como estaba me llevaron a declarar por el asalto ocurrido en horas de la madrugada la misma noche que lo invité al tipo del bar. El oficial que escribía en la Remington nuevita golpeaba contra el rodillo con una sola tecla como si me golpeará a mí para hacerme decir otra cosa, le acabo de decir que no vi nada, me fui como siempre, saludé y me fui a tomar el colectivo (no le dije que había quedado en encontrarlo en la confitería, para qué).

El que me vino a buscar se miraba el uniforme azul que lo cubría con un brillo metálico oloroso. Se sacaba un ramito de jazmín de leche que tenía en el bolsillo superior y se lo metía prácticamente todo en la nariz. Terminaba su experiencia con cara de ganso y con voz de ganso me penetraba los oídos con la misma cantinela. También yo quería oler la flor hipnótica y desaparecer. Pero el tipo renovaba una fuerza de sonámbulo y volvía con sus frases dañinas haciéndolas sonar como preguntas. Ya no daba más. Al final me largaron. Afuera me sentí peor. Tenía el ruido de la máquina grabado en la espalda, en las pantorrillas, por todos lados. De ahí en más empecé a respirar como una Remington.

Mientras iba caminando por el bulevar hasta llegar a tu casa pensaba cómo puede ser que liberar a uno de los cargos te haga sentir culpable. Me siento condenado a morir por la muerte de alguien que ni siquiera toqué, o no me acuerdo, que no se sabe si murió.

**Nora MARTÍNEZ**

## El mensaje del Río

(Sobre un suceso real)

Era el año de 1580. El Río de la Plata, cristalino y azul, golpeaba enfurecido sus aguas contra la costa del norte de la ciudad. La Ciudad de la Santísima Trinidad del Puerto de los Buenos Ayres, se le llamaba a aquel villorrio de ranchos surcados por caminos de lodo, infestados de sapos, víboras y alimañas que espantaban a cualquier desprevenido que se atreviese a caminarla. Al oeste, la pampa se mostraba interminable.

Cristobal de Altamirano era Capitán; pero eso ahora poco importaba, pues estaba cautivo de los indios. Aquellos indios belicosos, que habían impedido fundar la primera ciudad de los Buenos Ayres, podían quitar nuevamente la vida de esta nueva. A lo lejos divisó el naciente poblado; pudo ver dos tigres trepando el monte, la chacra de Ana Diaz, la única mujer a la que se le repartieron tierras tras la fundación-, el solar del carpintero Anton Roberto en la barranca del monte grande del norte, y un pequeño barco anclado hacia el sur. Estaba bajo la custodia de un indio lenguaraz que lo miraba atentamente.

Dos algarrobos, y los sauces llorones de la orilla fueron su restante compañía. Se hizo la noche y pudo advertir que los indios atacarían el poblado en unos días. El tronco que arribó junto al bramido de una fiera que no pudo reconocer, le dio la idea. Tomó una calabaza y en ese mismo tronco envió el mensaje para quien lo recibiera. Mirando al inmenso río, esbozó un pensamiento, que fue como plegaria. El indio lenguaraz nada vio, ni comprendió.

El Rio de la Plata llevó el mensaje del hombre a las tierras de Anton Roberto en la barranca del norte. "Una calabaza, y un tronco atados...", atinó a pensar el carpintero, al advertir también la fuerza con que aquel objeto era traído a la costa por el río enfurecido. Fue corriendo entonces desde el norte hasta la ciudad, y pudo avisar el ataque inminente.-

Se defendieron los hombres que esperaban espantados algún suceso extraño.- Recién entonces, el Capitán Cristobal de Altamirano, integrante de las huestes del fundador Juan de Garay, pudo escapar y recordó lo que le había dicho al río cuando arrojó aquel tronco.

<span></span>	Río de la esperanza, muéstrame la ilusión, lleva en tus fieles aguas, la salvación.	<span></span>
---------------	---	---------------

Cristobal de Altamirano murió en 1603.

**Eduardo L. CATANIA**

Domicilio Desconocido

ODRADEK

## Condenados

“Por dos puntos diferentes sólo se puede trazar una única línea recta.”

Euclides, “Los Elementos”, 300 A.C.

para tomar el control remoto y se deja caer en un sillón. Enciende el televisor y sintoniza A.M., el programa matutino con Leo Montero y Verónica Lozano. No hay que ser un gran genio para darse cuenta del mensaje que Pocha quiere transmitir con su desnudez y el programa elegido, por lo que ni lo voy a mencionar en estas líneas por respeto al potencial lector.

La reacción de Pocho, lejos de estar a la altura de las circunstancias, es de indiferencia. Continúa viendo Bonanza sin demasiada atención, como pensando en otra cosa (¿ofendido por la elección de Pocha tal vez?). Pocho en cambio con cierto nerviosismo no puede contener el mate en sus manos y en una serie de movimientos poco felices (intentando recuperar el mate que ya no se encuentra bajo su control) hace que un tercio de la yerba, junto con el agua contenida, caiga sobre la mesa. Se levanta puteando a buscar algo para limpiar. Cuando regresa, distraído en tal menester, no nota que Pocho apagó el televisor. Varios mates después aparentemente lo nota y decide apagar la radio. Se pone un saco que cuelga de un perchero y se dirige hacia la puerta de salida. Pocha sigue desnuda sobre el sillón, pero el movimiento de Pocho la ha sacado del medio de los dos. Ahora Pocho es el que se mueve, se pone unas zapatillas y sale a la calle. Cada uno marcha hacia su trabajo, pero siempre uno frente al otro, en una línea recta que pronto contendrá al obelisco. Y ahí sí que te quiero ver.

**Mariano QUINTERO**

## Cosa de chicas

Hablemos de nuestras cosas, fue lo primero que dijo antes de iniciar un largo camino hacia la militancia feminista. “Es que nadie mejor que nosotras sabemos las cosas que nos pasan”, prosiguió. Pero creo que llevó las cosas un poco al extremo cuando asoció la violencia de género con algunas de “las cosas de chicas”. Tanto así que muchas de quienes la oían empezaron a estar en desacuerdo. Ciertamente no se puede pasar de la golpiza al planchado de las toallas sin escala.

El momento en que sí obtuvo algunas extrañas adhesiones fue cuando catalogó como una práctica de violencia ese ritual depilatorio al que todas nos sometemos. La larga exposición la convirtió en una experta en el tema: “Hay al menos en esta parte del mundo, algo que podríamos llamar un mandato depilatorio. Estar pelada siempre!” así invocó a su audiencia, y continuó “y para este objetivo hemos desarrollado distintos métodos, todos sofisticados, que implican una cuota grande de dolor”. Una experta la oradora (curiosamente llamada Dolores). Proseguía: “hay tres tipos de métodos depilatorios: los de cortar, los de tirar y los de quemar”. Extiende su caracterización: “el de cortar, es un método aparentemente indoloro y práctico, pero a la larga es contraproducente, porque el vello vuelve con renovados bríos, lo que supondrá un rasuramiento más frecuente, y cuando esto no alcance, se pasará a alguno de los otros, con un incremento notable de sufrimiento”. Consultada sobre el método de tirar por una de las inexpertas presentes, afirma que “es un método efectivo, más duradero que el primero, que supone debilitamiento, pero no alcanza una sola vida para lograr el objetivo.” No podemos describir aquí los gritos que la sola descripción provocaba en las oyentes. Era como si traerlo a la memoria fuera igual que vivirlo.... Cuando me di cuenta, seguía “El método de tirar (tiene distintas escuelas, la más famosa es el “español”), consiste en que una señora sin corazón vierta una capa delgada de cera caliente sobre la zona a ser despejada, aguarde unos segundos hasta que el material se haya endurecido un poco, y sin piedad tire de la cera solidificada, consiguiendo así el resultado buscado. Este tratamiento debe realizarse cada 20 o 30 días”, sentenció. Las chicas del público ya estaban llorando desconsoladas cuando retomó su descripción: “Finalmente, está el método de quemado”, en este momento las pocas que aun oían empezaron a taparse los oídos. Dolores continuó sin piedad “Es el más moderno, el más tecnológico, pero hay que tener cuidado, porque no es lo mismo la Definitiva que la Luz pulsada; este último es sólo tortura. Te llega a quemar la piel de maneras irreparables. En cambio la Definitiva, aunque más moderna, no es menos dolorosa, supone la aplicación de un gel para que un láser quemé cada uno de los bulbos capilares, con lo que se conseguiría una erradicación total.” Al terminar, una lágrima rodaba por la mejilla de Dolores. El corolario, afirmaba que “cuando lloremos con el sólo recuerdo de la cera derretida o a la luz del láser es porque somos conscientes de estar sometiéndonos, por lo menos, a alguna clase de violencia, la que no es mandatoria para todos, sino sólo para las chicas, por lo que debería ser considerada de género”.

**Mónica KIRCHHEIMER**

Enviada especial al camarín dos de la homónima Brenta.



## El orden de los factores

Digamos que el hecho de haber nacido un 29 de febrero explica el convencimiento con el que cumplió por largos años la tradición de los ñoquis, con excepción de los tres meses de febrero de los años no bisiestos en los cuales desde hace tiempo sufre la abstinencia obligada por el festejo familiar de su cumpleaños y los consecuentes sanguchitos de miga.

Digamos que todos los esfuerzos por enseñar a sus hijas a jugar al ajedrez y los sostenidos fracasos en los que derivó tamaña empresa terminaron por confinarlo a la dudosa aventura de jugar con una pantalla con la cual de vez en cuando llega a tablas.

Digamos que su imagen en un barco que lo cruzó a Montevideo en una tarde de tormenta, con el cuello del piloto levantado y el aire de galán en blanco y negro acentuado por el humo del cigarrillo es lo que le impide usar ahora la campera impermeable

que le regaló su señora y con la que podría evitar la mojadura de las últimas tormentas.

Digamos que la cantidad de domingos en los que arrastró la máquina de cortar el pasto por un jardín que odiaba lo condujeron a la casa de planta alta y balcones en las que todo el verde que ahora añaora se limita a dos macetas chicas y una azalea demasiado delicada.

Digamos que las mañanas en Palermo con los peones sacando a varezar al favorito y las promesas de la fija que lo parará para largo junto a los otros muchachos de la barra no alcanzaron para evitar el sillón desde el que mira el canal de cable que transmite el Gran Premio en diferido.

Digamos que de todo aquello ha resultado esto, que podría resumirse en una discreta felicidad, si no fuera porque se empeña en pensar así, en causas y efectos.

**María Martha GIGENA**

## Con el día por delante

“Con el día por delante”, me recomendaba mi padre, en los viajes, antes de salir a recorrer una distancia considerable. Nunca sabés si no vas a tener un problema con el auto, si no vas a necesitar un auxilio, el asunto es que no te agarre la noche en la ruta. Llegar, aunque sea, con las últimas luces del día. No tomar riesgos que la luz del día permite disipar. Es un consejo impecable.

Vas por la Patagonia, en esos caminos solitarios, y el motor comienza a hacerte un ruido que con el tiempo se incrementa. Algo está fallando, y se pone el sol, y el frío, en la soledad, pensando “cómo voy a hacer para aguantar el frío si se me queda el auto.” Y en eso ves las luces amontonadas de un pueblo allá a lo lejos. Un lugar donde por lo menos puedan darte algo caliente para comer, una cama decente y encuentres a alguien te revise el vehículo al otro día. Ves esas luces y vos sentís que estás llegando a París, o a New York, sabés que estás salvado, decía mi padre, y tenía razón.

Sin embargo, he notado que varios de los personajes más queridos no siguen ese precepto. Por el contrario, se empeñan en viajar únicamente de noche.

Me refiero a Santa Clauss, los Reyes Magos y el ratón Pérez, concretamente. Los

Digamos que todos los esfuerzos por enseñar a sus hijas a jugar al ajedrez y los sostenidos fracasos en los que derivó tamaña empresa terminaron por confinarlo a la dudosa aventura de jugar con una pantalla con la cual de vez en cuando llega a tablas.

primeros, aunque tienen una fecha de llegada fija, surcan cielos y desiertos, según el caso y llegan de noche, en forma invariable. A todas luces, valga la redundancia, una planificación equivocada o una negligencia grave.

El ratón Pérez, con medio de transporte misterioso, sin importar cuándo se produzca la caída de la pieza dentaria láctea, llega también por la noche.

Pueden buscarse miles de razones para justificar esa insana costumbre del peregrinar nocturno, la clandestinidad, acaso sea la principal. En virtud de preservar el misterio, se exponen a toda clase de peligros, recorriendo enormes distancias, como es sabido, para colmo cargados de regalos, en el caso de Clauss y los magos y portando dinero en efectivo, en el caso de Pérez.

Hay algo de soberbia, de creerse inmunes, por parte de estos personajes. Vaya a saber cuáles son los motivos profundos que guían sus conductas. A mí me gusta más pensar, simplemente, que ellos no tuvieron la suerte de tener un padre tan bueno y previsor como el mío.

**Roberto GÁRRIZ**

- *Bueno, ¿cómo te llamas?*

- *Odradek- dice él.*

- *¿Y dónde vives?*

- *Domicilio desconocido - dice, y ríe; claro que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más o menos como el susurro de las hojas caídas.*

*Franz Kafka*

## Los Nichi

Yo había leído ese cuento de Julio Cortázar hacía mucho tiempo. Recordaba, entre cosas, ciertas especulaciones en torno del sentido antiperonista del texto, lo cual no dejaba de parecerme un reduccionismo crítico.

Lo cierto es que al mudarme a mi nuevo departamento descubrí que el mundo tenía bastante más que 25 metros cuadrados. Me entusiasmaba la idea de contar con un cuarto que podría utilizar como estudio, además de la cocina con mesa y sillas incluidas y habitación con aire acondicionado. Ni que hablar del living, donde por fin el tan resistido cuadro de Eric Clapton encontraba su lugar en el mundo.

Durante los primeros meses posteriores a la mudanza, por las tardes mi programa favorito era sentarme a escuchar alguno de los discos que había postergado por la falta de espacio y de privacidad. Me encantaba recostarme en la silla de escritorio y cerrar los ojos para captar la sensibilidad de los tempos del piano de Keith Jarret o leer alguno de los libros que volvían a lucirse en la biblioteca de piso a techo que había mandado a hacer apenas puse un pie en el edificio.

Pero un día llegaron los Nichi. No sé si “llegaron” es la palabra adecuada; más bien, me parece que debería decir que un día comencé a oírlos. Ojo que Nichi no es el apellido; sólo es la forma en la que se me ocurre nombrarlos.

Primero fueron los muebles. Camas o roperos que se movían de aquí para allá, serpenteando sobre la pinotea que amplificaba cada corrida. Luego, esa música

*Lo cierto es que al mudarme a mi nuevo departamento descubrí que el mundo tenía bastante más que 25 metros cuadrados. Me entusiasmaba la idea de contar con un cuarto que podría utilizar como estudio, además de la cocina con mesa y sillas incluidas y habitación con aire acondicionado.*

diabólica que marcaba los bajos y repetía “muévelo, muévelo”, escondiendo en el pronombre la ambigüedad del objeto de referencia.

Más tarde se sumaron los gritos, o lo que es lo mismo, articulaciones guturales inadmisibles para cualquier intento de decodificación humana.

Esto no sólo ocurría después del almuerzo; cualquier hora era buena para perturbar la paz de mi universo propietario. Así, muchas veces a la mitad de la noche, me despertaba un ruido como de malón que bajaba por las escaleras, o una seguidilla de timbrazos de portero eléctrico y portazos posteriores que aventuraban madrugadas de insomnio.

De esta manera, mi vida comenzó a girar alrededor de la vida de los Nichi. Y ellos se iban multiplicando. Primero fueron cuatro; lo sé por la secuencia de ruidos. Luego, se sumaron dos más. Ahora calculo que son una docena (a veces más, a veces menos). Hace poco sumaron a una Nichi bebé, que sabe que tiene que llorar todo el día para no dejarme un solo momento de paz.

Sigo pensando que quedarse con el supuesto sesgo antiperonista de “Casa tomada” es una tontería. Habiéndolo releído hace un par de días, creo firmemente que Cortázar conoció a los Nichi y dejó testimonio. Ellos son los verdaderos protagonistas del cuento y ahora viven en el 5° D, mientras yo camino hacia la puerta de calle y tiro por la alcantarilla las llaves y los pedazos que quedan de la escritura notarial.

**Vanesa PAFUNDO**

## El roble justo

Primera cita. Tímidos hacen el pedido. El mozo trae una botella. Nosotros... no pedimos. Invita la casa, joven. Silencio. Segunda copa. La parejita intercambia dos palabras. Tercera copa. Cuarta. Se acarician las manos. Primer plato, otra botella. Conversación animada. Postre. Boleta. El mozo le susurra al dueño: el vino lo carga a mi cuenta.

**José Luis SAGRERA**